

# Nicolás Quintana y su Generación del 50

Carlos Alberto Montaner

DE TODAS LAS IDEAS QUE HOY REVOLOTEAN ENTRE LAS Ciencias Sociales ninguna me parece más prometedora que la de los *cluster*. Va a dar mucho de sí y consiste, en síntesis, en algo muy simple: el desarrollo económico, los avances tecnológicos y científicos, las vanguardias artísticas —plásticas, literarias, musicales—, el surgimiento de formas novedosas de examinar la realidad, las escuelas de pensamiento y, en fin, todo lo que le imprime a la civilización cambio, giro, perfeccionamiento, rigor, es el resultado del agrupamiento (*cluster*) de una masa crítica de personas que —usemos la espantosa palabra— *interactúan*. Para entender, pues, la dinámica de los cambios, o para predecirlos, hay que examinar la ausencia o la presencia de esos *clusters*, sus rasgos y consistencia, sin olvidar las coordenadas intelectuales en que se mueven.

Pero estos *clusters* no suelen aparecer como fenómenos aislados sino como parte de un panorama general. Las sociedades tienen casi siempre una coherencia interna que se manifiesta en diferentes campos. No existen bolsos aislados de excelencia. Donde hay una literatura apreciable generalmente comparecen ciencia, plástica, arquitectura o filosofía de equivalente rango y calidad. Incluso, el desempeño económico también guarda una debida correlación con el resto del entorno. No hay una vanguardia: hay un horizonte de vanguardias tras el que se mueven diferentes *clusters*. Cuando Labrador Ruiz y Mariano Brull quieren hacer una literatura diferente, Amelia Peláez o el muy joven Rolando López Dirube se proponen hacer una pintura distinta. Cuando Virgilio Piñera intenta renovar el teatro, su hermano Humberto repite la misma aventura en la filosofía.

Estas minimemorias del arquitecto Nicolás Quintana que ahora publica *Encuentro* demuestran fehacientemente lo anotado. Cuando Quintana habla con entusiasmo y admiración de Portocarrero y Lam, de Julián Orbón y

Aurelio de la Vega, de Guillén y de Lezama, de David y de Díaz de Villegas, está describiendo un mundo de excelencia creativa al que él mismo y Ricardo Porro pertenecen. Para él, dentro de la arquitectura, es la «generación del 50», pero se trata de un fenómeno mucho más amplio. Es esa Cuba de mediados de siglo, prometedora, abierta al mundo, intelectualmente tensa y alerta, en cuyos teatros se exhibía a Ionesco o a Miller, que escuchaba a los compositores europeos de vanguardia, o en la que algunos jóvenes cineastas —Almendros, Germán Puig, Titón, Orlando Jiménez Leal— ya soñaban con hacer un buen cine capaz de hombrearse con el que se producía en otras naciones más ricas.

Pero quizás era en el campo arquitectónico, tanto en el urbanismo como en el diseño de edificaciones, y especialmente en La Habana, donde resultaba más urgente el surgimiento de un vigoroso *cluster* capaz de ejecutar simultáneamente dos tareas que algo tenían de contradictorias: por una parte, defender el perfil urbano de una de las ciudades más bellas del mundo, pero, por la otra, llevar adelante esa labor de preservación sin renunciar a la modernidad que proponían gigantes de la talla de Gropius, Van Der Rohe, Le Corbusier o el americano Frank Lloyd Wright. El reto consistía en buscar un espacio original y propio dentro de una tendencia universal. «¿Cuál es la esencia de la arquitectura cubana?», le preguntaron a Gropius a su paso por Cuba. «No puedo clasificarla —contestó el alemán—, pero puedo calificarla... continúen haciéndola». Quintana, muy joven, sí sabía identificarla: son esos 22 rasgos arquitectónicos que anota como «lo cubano», lo que le da al paisaje urbano de la Isla un ademán diferente y lo que le crea su lugar en el mundo. Son los vitrales cubanos, los *mediopuntos*, las columnas y zaguanes, los umbríos patios interiores, el trazado de los pueblos, tan viejo como Roma, como Vitruvio. Es esa mezcla de estilos e influencias que se asoma en unos balcones o en unas rejas. Quintana ha sabido dibujar nuestro *identikit*: Cuba es así. Se ve así.

¿Qué hubiera pasado si...?

En la década de los cincuenta —en realidad desde los años treinta— la sociedad cubana vivía dos revoluciones simultáneas: una se desarrollaba a tiros en el ámbito político, y otra, mucho más prometedora y profunda, sucedía en la esfera de la cultura y la economía. Por aquellos años Walt Whitman Rostow había lanzado su teoría sobre los umbrales del desarrollo y Cuba encajaba perfectamente en su descripción: la Isla despegababa rumbo al primer mundo, y no sólo por los niveles de producción y consumo o por el per cápita alcanzado, sino porque en todos los órdenes de la convivencia existían esos *clusters* —entonces no se les llamaba así— capaces de sustentar el esfuerzo sostenido que requiere la prosperidad creciente. Cuba tenía las élites necesarias para dar el salto. Nicolás Quintana —hijo de otro gran arquitecto del mismo nombre, fundador del estudio Moenck & Quintana— pertenecía a ellas. En realidad fue una pérdida para todos los cubanos que Quintana sólo haya podido llevar a buen fin 36 proyectos arquitectónicos dentro de la Isla, y que sólo uno de ellos —el Banco Nacional, luego transformado en Hospital Ameijeiras— tuviera el tamaño y la ubicación adecuados para contribuir a moldear (positivamente) el perfil de La Habana.

¿Qué hubiera pasado en el campo del desarrollo urbano y arquitectónico si en lugar de una revolución comunista, tras la caída de Batista se hubiera implantado una democracia política que hubiese respetado la economía de mercado? Naturalmente, nunca podremos saberlo, pero es fácil predecir que La Habana y el resto de las ciudades grandes del país habrían estado sometidas a una intensa batalla entre diversas fuerzas económicas que hubieran intentado *maximizar sus beneficios*, como se dice en la jerga económica, aún a costa de causar un daño estético considerable. Ya había síntomas de que algo así podía suceder: desde el loco y felizmente descartado «Canal Vía-Cuba» que se proponía partir la isla en dos mitades, hasta el peligroso proyecto no aprobado, pero sí discutido, de convertir media Habana Vieja en un moderno centro bancario.

Lamentablemente, la revolución política que tuvo lugar a partir de 1959 aplastó a la otra revolución —un movimiento original, surgido espontáneamente— y la substituyó por las decisiones arbitrarias de un puñado de burócratas subordinados a los caprichos del Comandante en Jefe. Esto afectó sustancialmente el destino general del país, y, por supuesto, el de nuestras ciudades y construcciones. La Habana, pues, no tuvo que enfrentarse a los riesgos y a las oportunidades de una gran batalla estética y económica, como les sucedió a todas las grandes ciudades del mundo en la segunda mitad del siglo XX —batalla que ya tenía en primera fila a Nicolás Quintana—, sino se vio sometida a la decadencia creciente del socialismo, a la vulgaridad sin límites de los planificadores estatales, y a la crónica falta de mantenimiento y renovación que se deriva de un modelo de sociedad en el que no existen la propiedad privada ni la responsabilidad individual. Resultado: ese patético desastre de una ciudad en ruinas, despintada, en la que al menos la mitad de la población vive miserablemente y sin esperanzas de mejorar, dado que la única señal de sensatez y alivio es la que emite Eusebio Leal con su tenaz reconstrucción de La Habana Vieja, pero a un ritmo desesperantemente lento, mucho más despacio que la piqueta demoledora del clima tropical.

De ahí la curiosa paradoja del castrismo: la indolencia urbanicida del Máximo Líder, hombre siempre entregado a delirantes fantasías agropecuarias —vacas enanas empedernidamente dedicadas a abastecer de leche a los cubanos, indestructibles semillas de café capaces de germinar en los adoquines, árboles que detienen los ciclones— ha servido, a un tiempo, para preservar y para destruir La Habana. Por una parte, impidió que la especulación excesiva derribara construcciones estéticamente armoniosas. Por otra, permitió irresponsablemente que la falta de cuidado y la insuficiente construcción de viviendas convirtiera los centros urbanos en verdaderos desastres. Gracias a la revolución sabemos cómo fue La Habana en tiempos más dichosos y prometedores. Por culpa de ella nunca supimos cómo pudo llegar a ser. ¿Será posible algún día sanar y recuperar esa ciudad maravillosa? No lo sé: pero ojalá que sea pronto para contar con el consejo de Nicolás Quintana. Hace falta.